

Con razón se envanece la República de lo mucho que ha conseguido, y facultades tiene en reserva para lograr mucho más. El remedio del mal no se conseguirá con paliativos cuyo resultado sería peor que la ineficacia; pues en el tiempo perdido para el remedio, encontraría el Privilegio tiempo ganado para crecer más y más. El único camino para curar a la Nación de los males que la afligen es arrancar de raíz el Privilegio. Esto, y nada más que esto, concuerda con lo que la Justicia ordena.

HENRY GEORGE (HIJO)

Nueva York, octubre 29, 1905.

# La Amenaza del Privilegio

## LIBRO PRIMERO

EL PRIVILEGIO: SU EXTENSIÓN Y NATURALEZA

### CAPÍTULO PRIMERO

EL PAÍS DE LA DESIGUALDAD

Nada tan sorprendente para un observador reflexivo como la desigualdad social que existe en los Estados Unidos; el país que, según Mr. Bryce, los europeos, al principio del siglo xix, tomaban como modelo de igualdad, que inspiró a De Tocqueville sus descripciones y meditaciones y que ha sido objeto de legítimo orgullo para los mismos americanos.

En el comienzo de la República la igualdad política era absoluta y poco menos la igualdad social, sin más excepción que los indios y los esclavos. El país era nuevo y no tenía dueño. Ante la estrecha faja colonizada a lo largo de la costa del Atlántico se extendía el Occidente virgen, libre y al parecer ilimitado. Todo el que quería podía venir, y viniendo podía encontrar ocasión de ganarse la vida y la de su familia; vida dura en verdad, pero independiente. La nación americana se encontraba entonces en estado de exploración. Pocos privilegios importantes existían. La Naturaleza, en su mayor parte sin dueño, ofrecía a todos generosa su leche y miel en abundancia.

El Trabajo dominaba. El era la manera de conseguir medios de subsistencia; el distintivo honroso de la respetabilidad

y de la responsabilidad. El impresor Benjamin Franklin, el agrimensor George Washington, el abogado Thomas Jefferson, el marino John Paul Jones, el comerciante John Hancock, fueron tipos americanos de virilidad y de ciudadanía práctica. Franklin, siendo embajador de la República en Europa en 1782, escribía: «En América no se pregunta ¿qué es ese?, sino ¿qué puede hacer? En resumen: siendo barata la tierra en este país por haber en él grandes bosques todavía inhabitados y que probablemente continuarán estándolo por mucho tiempo, de tal modo que la propiedad de cien *acres* (1) de suelo fértil cubierto de árboles maderables puede adquirirse cerca de las fronteras (en muchos sitios por ocho o diez guineas) (2), los labradores jóvenes y animosos que entiendan de cereales y de ganadería, pueden establecerse fácilmente en América; pues ambos conocimientos son iguales que en Europa. Un poco de dinero ahorrado de los buenos salarios que ganan mientras trabajan para otros, les permite comprar el terreno y empezar el cultivo, en el cual son ayudados por algún préstamo y la buena voluntad de sus convecinos. Muchedumbres pobres procedentes de Inglaterra, de Irlanda, de Escocia y de Alemania han conseguido por este procedimiento llegar a ser labradores ricos (relativamente), mientras que en su país, por efecto de estar todo el terreno apropiado y ser bajos los jornales, jamás hubieran podido salir de la miseria en que nacieron» (3).

Los preceptos de laboriosidad, honradez y prosperidad contenidos en el *Almanaque de Ricardo el Pobre*, de Franklin, indican el camino casi seguro para conseguir bienestar y descanso en la vejez, y aunque para muchos sea dura la vida del explorador, vale más que la miseria y el sufrimiento. «En Norte América, escribía Franklin en 1788 siendo Presidente

(1) Una hectárea = 2,47 acres o sea 2 y medio próximamente.—*N. del T.*

(2) Una guinea = 26,25 pesetas.—*N. del T.*

(3) «Información para los que quieran trasladarse a América». Escritos de Franklin, edición de Bigelow, tomo VIII, págs. 175-176.

del Consejo Supremo, virtualmente, Gobernador de Pennsylvania, en todas partes lo indispensable para la vida está más barato que en Inglaterra. La escasez se desconoce.... Pagándose el trabajo con más dinero que en Inglaterra y siendo más baratas las provisiones, es mucho mayor la cantidad de artículos de primera necesidad que puede comprar el jornalero» (1).

De este modo, mientras que la gran masa de la población podía ganarse la vida y hasta disfrutar de algunas comodidades con dignidad e independencia, no había fortunas particulares en el sentido que hoy hablamos de ellas. «La verdad es, decía Franklin, que si bien hay en este país pocos menesterosos como los pobres de Europa, también hay muy pocos de los que en Europa serían llamados muy ricos; lo que prevalece es una medianía contenta. Hay pocos grandes terratenientes y pocos arrendatarios. La mayoría cultiva sus propias tierras, tiene profesión u oficio, o se dedica al comercio, siendo muy pocos lo bastante ricos para vivir ociosamente de sus rentas» (2). John Adams, escribiendo a un amigo suyo de Massachusetts en 1775, cuando la elección de Washington para general en jefe, hablaba de éste como de «uno de los señores más ricos del continente». Las plantaciones de Washington en Virginia, su casa y posesión de Monte Vernón, sus esclavos y sus lotes de terrenos en la nueva ciudad de Washington, eran las partes principales de su fortuna y se valuaban en un medio millón de dólares. Tenía además varios terrenos en otras partes de Virginia y también en Pennsylvania, Nueva York, Kentucky en el territorio noroeste. Es probable que en conjunto poseyera, a su muerte, unos 750.000 dólares (3), fortuna considerable en aquellos días de igualdad; pero relativa-

(1) «Consideraciones sobre el aumento de los salarios en Europa que ocasionará la Revolución americana». Obras de Franklin, edición Bigelow. Tomo X, pág. 53.

(2) Obras de Franklin, edición Bigelow. Tomo VIII, pág. 172.

(3) 18.750.000 pesetas.—*N. del T.*

mente nada en los nuestros. Como el más rico de Massachusetts, en el período revolucionario, se tenía a John Hancock. Su tío, Thomas Hancock, con quien estaba asociado en negocios mercantiles, murió en 1764, dejándole entre propiedad y empresas un capital de 350.000 dólares aproximadamente, que era una de las mayores fortunas hechas en Boston hasta aquella fecha. John Hancock tenía entonces veintisiete años. Fue, como su tío, insaciable en la riqueza; pero tuvo grandes quebrantos de fortuna antes y después de la Revolución. Es probable que al morir, en 1793, a los cincuenta y seis años de edad, no tuviera más que lo debido al testamento del tío, es decir, alrededor de 350.000 dólares.

He aquí dos ejemplos de los hombres más ricos en los primeros días de la República: George Washington en el Sur, con tres cuartos de millón; John Hancock en el Norte, con un tercio de millón. Nunca pensaríamos en clasificarlos entre los ricos de ahora, y, sin embargo, ricos como ellos había pocos. El patrón de lo que constituía una riqueza era bajo.

Por otra parte, la verdadera pobreza era una casualidad y en ninguna parte arraigada o crónica. La razón de esto era sencilla. La fácil adquisición de terreno facilitaba a todos ganarse el sustento. La facilidad de poseer en propiedad buenos terrenos elevaba los salarios, eran mucho más altos que en Europa, como Adam Smith hacía notar en *La Riqueza de las Naciones* (1). Dónde uno no se encontraba satisfecho con lo que le producía su ocupación profesional o su trabajo para otros, podía, según Thomas Jefferson decía, dejar su ocupación, tomar terreno y trabajar por cuenta propia (2).

Benjamin Franklin aporta el mismo testimonio. En un corto ensayo escrito antes de la Revolución decía que, no obstante el rápido aumento de la población, tanto por los nacimientos como por la inmigración, «tan extenso es el terri-

(1) Libro I, capítulo VIII.

(2) Carta a J. Lithgow. Obras de Jefferson, edición Ford. Tomo III, página 269, nota.

torio del Norte de América, que se necesitarán muchas generaciones para colonizarla completamente, y hasta que no lo esté, el trabajo nunca bajará de precio; otra cosa no puede suceder donde nadie continúa mucho tiempo trabajando para otros, sino que todos se convierten en propietarios de plantaciones; no hay quien sea jornalero por mucho tiempo, pues todos se van con los colonos recientemente instalados y acaban por establecerse ellos también. Consecuencia de ello es que el trabajo no esté ahora más barato en Pensylvania que lo estaba hace treinta años, a pesar de tantos miles de trabajadores como han sido importados» (1).

Esta «importación» de trabajo, a que Franklin se refiere, proviene de los altos jornales a que da lugar la demanda continua de trabajo. Venían de Europa trabajadores contratados por plazos de uno a cinco años. Se ganaba mucho en el cambio de las condiciones de trabajo europeas por las americanas (2).

Este sistema se siguió durante muchos años. Washington en 1792 aconsejaba que se le adoptara como económico y seguro para contratar trabajadores en la construcción de obras públicas en la capital federal de Potomac River, ciudad que el Congreso había acordado erigir y dar su nombre (3).

(1) Observaciones concernientes al aumento de la Humanidad y a la población de las Naciones. Obras de Franklin, edición Bigelow, vol. IV, pág. 225.

(2) M. Meusnier sometió a la aprobación de Tomás Jefferson las pruebas de un artículo que iba a publicar en la *Encyclopédie Politique*. En ellas Jefferson puso algunas notas, entre las cuales decía, junio 22, 1876: «La oferta de criados contratados era considerable». Los que se ofrecían eran europeos pobres que iban a América para colonizar por sí mismos. .... Tanto desean los pobres de Europa ir a América, donde pueden mejorar de condición, que, en la imposibilidad de pagarse el pasaje, se contratan como criados por dos o tres años antes que renunciar a ir. Mientras así sirven están mejor alimentados, mejor vestidos y tienen un trabajo menos duro que en Europa. Unos años más son jornaleros, y concluyen por comprar una granja, contraer matrimonio y disfrutar de los goces de la familia que se han creado». Obras de Jefferson, edición Ford, tomo IV, pág. 159.

(3) Carta a los delegados del distrito Federal. Obras de George Washington, edición Ford, tomo XII, pág. 125.

No solamente se ganaba más y se vivía mejor en América que en Europa, sino que además había poca pobreza y poca criminalidad. Los pocos pobres que había estaban atendidos. «Desde Savannah (Georgia) a Portsmouth (Nuevo Hampshire), decía Jefferson, rara vez encontraréis un mendigo. Verdad es que alguna vez se presentan en las grandes poblaciones. Por lo general son extranjeros que no han conseguido ocupación en comarca alguna. Todavía no he visto un americano de nacimiento pidiendo en la calle ni en los caminos» (1). Algunos años después, siendo Ministro en Francia, Jefferson contaba a un francés, amigo suyo, que en los diez años que estuvo en Virginia de estudiante y ejerciendo la abogacía en el Tribunal Supremo, no hubo nunca una causa por robo en caminos, ni supo de ninguna que ocurriera en los otros Estados, a no ser Nueva-York y Filadelfia inmediatamente después de la evacuación del ejército inglés, «cuando estas ciudades estuvieron infestadas algún tiempo por algunos desertores ingleses» (2).

No hay que olvidar que Franklin deploraba que las cárceles de Europa se vaciaran en América, pues antes y después de la Revolución, algunas ciudades europeas nos transferían sus presidiarios. Pero muchos de éstos habían sido delincuentes políticos, los cuales, así como una gran mayoría de los culpables de delitos comunes, pronto cambiaban sus antiguas costumbres por las de ciudadanos laboriosos y obedientes a la ley. En esta tierra de promisión emprendían una vida nueva y mejor.

Así los Estados Unidos, poco antes y después de su separación de la Gran Bretaña, ofrecían libremente a todos, dones de la Naturaleza bastantes para que sus habitantes tuvieran independencia en relación con el resto del mundo, y,

(1) *Notas sobre Virginia*, obras de Jefferson, edición Ford, tomo III, pág. 239.

(2) Carta a M. Claviere. Obras de Jefferson, edición Ford, tomo IV, página 402.

entre sí, condiciones de igualdad. Había pocos ricos y éstos no muy ricos; pocos eran pobres en el sentido de vivir en dependencia permanente. El país era agricultor y pequeña la producción de riqueza comparada con la que se obtiene en el día a pesar de emplearse los mejores adelantos y procedimientos entonces conocidos (1). Mas, como aparece en cualquier página de la Historia Universal, el progreso y la felicidad de un pueblo no dependen tanto de la cantidad de riqueza producida como de que su distribución sea justa y aproximadamente igual.

Tal distribución de riqueza fue la característica de los Estados Unidos durante el medio siglo inmediatamente posterior a la Declaración de Independencia. Mr. Bryce observa que hasta la segunda o tercera década «no había en América fortunas enormes, había pocas fortunas grandes y ninguna pobreza» (2). Hablando de las desigualdades existentes ya cuando él escribía, en los últimos años de la octava década, dice: «Ahora hay alguna pobreza, muchas fortunas grandes y el número de fortunas gigantescas es mayor que en cualquier país del mundo. El fenómeno más notable en los últimos veinticinco años ha sido la aparición, no sólo de esos pocos millonarios colosales que atraen las miradas del público, sino de muchos millonarios de segundo orden cuyas fortunas están comprendidas entre cinco y quince millones de dólares».

¿No es esto lo que todo el mundo observa? ¿No hemos, pues, de sacar de lo que todos ven y palpan conclusiones? La riqueza total no ha tenido disminución relativamente. Al contrario, los inventos y los procedimientos para hacer menos penosos el trabajo, que han hecho del siglo XIX una época maravillosa en la historia de la Humanidad, han tenido bri-

(1) Prueba es la rápida adopción de los mejores sistemas europeos y la profusión de inventos. Jefferson inventó una reja de arado y Franklin muchas herramientas útiles. Estaba de moda entre los hombres públicos introducir en el país los mejores granos, arbustos, árboles frutales e injertos de Europa.

(2) *The American Commonwealth*. Part. 4.<sup>a</sup>, cap. CV, tomo II, pág. 616.

llante representación en los Estados Unidos. El aumento en la producción ha excedido con mucho a lo que el de población pudiera haber hecho necesario.

Una distribución de este aumento de riqueza comparable en equidad con la de los primeros tiempos de la República, habría dado por resultado hoy menos grandes fortunas y que no hubiera en realidad pobreza forzosa entre los que fueran propicios al trabajo; así como el que la gran masa de la población, comprendida entre ambos extremos, estuviera disfrutando ahora en paz y satisfecha de la mayor parte de las comodidades materiales de nuestra civilización.

Pero semejante distribución no existe. La distribución de riqueza es desigual en alto grado. La concentración de riqueza es intensa y progresiva.

Comparando el censo de los Estados Unidos en 1890 con los registros de últimas voluntades de los estados de Nueva York y Massachussets, el Dr. Charles B. Spahr deduce que, en aquel año, el uno por ciento de las familias de los Estados Unidos poseía una parte de la riqueza total, superior a la que pertenecía a las otras noventa y nueve por ciento de las familias. Según su cálculo, a la octava parte del número total de familias pertenecen siete octavas partes de la riqueza total (1). El estudio detenido de los datos y procedimientos del Dr. Spahr asegura la probabilidad de que sus conclusiones sean acertadas. Por desgracia, en el censo duodécimo hay variaciones esenciales en cuanto a los datos y en cuanto al sistema de los censos anteriores (defectos graves y frecuentes en la elaboración de nuestros censos), por lo que es imposi-

(1) *La actual distribución de la riqueza en los Estados Unidos*, página 69. El Dr. Spahr calcula en 65.000.000.000 de dólares la riqueza total de 12.500.000 familias (unos 62.500.000 individuos) y la clasifica como sigue: 125.000 con un promedio de 264.000 dólares, que suman 33.000.000.000; 1.375.000 familias con una fortuna media de 16.000 dólares, que suman 23.000.000.000; 5.500.000 familias con un promedio de 1.500 dólares, que suman 8.200.000.000; 5.500.000 familias a 158 dólares, sumando dólares 800.000.000.

ble establecer comparación. Sin embargo, el Instituto Estadístico de los Estados Unidos calcula la riqueza total de la Nación en 90.000.000.000 de dólares. Probablemente esta cifra comprende la fortuna de los *trusts*. Mr. John Moody calcula (1) que entre más de 440 trusts de privilegios industriales, de transporte y otros varios monopolios, reúnen un capital superior a 20.000.000.000 de dólares, o sea dos novenos de la riqueza nacional, según el Instituto de Estadística. Evidente es que estas 440 ó más sociedades están manejadas por un número de personas relativamente pequeño. En una ocasión se hizo notar que los veinticuatro Consejeros que entonces formaban el Consejo de Administración de la Compañía de Aceros de los Estados Unidos (Trust del Acero) representan directa o indirectamente la dozava parte de la riqueza total del país (2).

Al observar esta tendencia a concentrar el pleno dominio y la verdadera propiedad de gran parte de la riqueza nacional en manos de un reducido número de sus dueños nominales, el brillante abogado y economista Mr. Thomas G. Shearman, decía ya en 1889 que «los Estados Unidos de América pertenecen, en realidad, a menos de 250.000 personas» (3). No se detenía ahí Mr. Shearman. Se atrevía a pronosticar que de seguir progresando en la misma proporción la tendencia centralista, «dentro de treinta años.... los Estados Unidos de América pertenecerían, realmente, a menos de 50.000 personas».

(1) *La verdad acerca de los trusts*. Introducción.

(2) *The World's Work*, diciembre 1903. Los veinticuatro aludidos eran: J. P. Morgán, John D. Rockefeller, Henry H. Rogers, Charles M. Schwab, Elbert H. Gary, George C. Perkins, Edmund C. Converse, James Gayley, Marshald Field, Daniel G. Reid, J. D. Rockefeller Ir, Alfred Clifford, Robert Bacon, Nathaniel Thayer, Abram S. Hewit (fallecido), Clement A. Griscom, Francis H. Peabody, Charles Steele, William H. Moore, Norman B. Ream, Peter A. B. Widener, James H. Reed, Henry C. Frick and William Edenborn.

(3) ¿Quién es el dueño de los Estados Unidos? en *The Forum*, noviembre 1889.

¿Necesitamos averiguar más? ¿No está claro que esta República, a la que Mr. Bryce, hablando de la distribución de la riqueza llamaba «aventajado país de la igualdad», ha venido a ser un país donde se palpa la desigualdad? No ha habido disminución en las fuerzas productoras de riqueza. Por el contrario, en ninguna parte han disfrutado de una época tan pródiga en inventos y medios de ahorrar trabajo. Pero algo se ha echado mucho de menos en cuanto a la distribución de la riqueza creada, la cual lo ha sido en gran parte para enriquecer a unos pocos. Como por magia, esa riqueza se ha reunido en fortunas sorprendentes; como si algunos tuvieran imanes para atraer una gran parte de la riqueza, dejando a otros sólo lo suficiente para la subsistencia y apenas ánimos para seguir produciendo.

Las consecuencias de una distribución de tan alto grado desigual tienen que ser múltiples e importantes. Ante todo divide la sociedad en dos clases principales: los gananciosos y los perdidosos; en dos agrupaciones: una de la Abundancia y otra de la Escasez. En seguida viene un descenso de nivel en la moralidad pública y privada.

Allí donde la riqueza se acumula, el rico pierde la cabeza. Se encuentra como en un país encantado, donde los dólares se reproducen y multiplican sin ayuda de la mente ni de la mano humanas. Las monedas que hace un momento llenaban un saco, llenan ya una fila de ellos, como las que surgían ante la vista de Alí Babá cuando las mágicas palabras «Abre Sésamo» descubrieron la cueva encantada. Este repentino aluvión de riquezas despierta la codicia, especialmente porque su dueño descubre que con ellas viene el poder de comprar—para mandar—los servicios de la multitud que lucha por conservar la existencia o por mejorar su condición. Así aumenta la ambición. Los que ya tienen un millón quisieran diez; los que tienen diez millones desean veinte, ciento, millones de millones. Se entregan a un juego de azar, no en busca de emociones solamente, sino en busca de mayor lucro; juego en el que las ganancias son tan rápidas que ni a

contarlas se detienen. Juegan devorados por el ansia de dinero. Juegan a sabiendas con dados cargados, si es que no juegan con dados cargados por ellos mismos.

Esta pasión trae consigo muchas consecuencias. Las riquezas son relativas. El que es diez veces millonario se consideraría pobre si se viera reducido a un millón; quien posee cien millones, se creería amenazado por la indigencia si bajara a diez millones. No mide esta gente las necesidades con el mismo patrón que los demás mortales. El género de vida de una y otra clase social no es más semejante que el del obrero americano acomodado y el un *coolie* chino o el de un peón de labranza en la India, que se alimentan con un puñado de arroz al día. La gran riqueza exige un tren de vida de alto coturno, indudablemente falso y artificial; pero que trae consigo mucho gasto. Este dispendio no es necesario para el desarrollo intelectual y moral ni para el desarrollo físico, más bien le contraría; pero forma parte del ambiente de los opulentos y le consideran elemento necesario para su bienestar. El opulento teme a la pobreza porque pobreza, para él, significa descenso en posición, sin detenerse a pensar en la que su posición tiene de absurda, de artificial y de falsa; que es un tipo de vida creado por él mismo y para él nada más, por medio de su enorme fortuna; que con el aumento de ésta vienen nuevas exigencias y nuevos temores. Se asemeja a mademoiselle Louise, hija de Luis XV, que cuando se hizo monja carmelita tuvo que aprender a bajar escaleras. Siendo de sangre real y acostumbrada toda la vida a no bajar más que la gran escalera de Versalles, y eso apoyada en el brazo del gentilhombre de servicio, tenía miedo de bajar sin ayuda un pequeño tramo de escalones. «Al principio, decía, ¡me parecía un terrible precipicio y tenía que sentarme en los peldaños y bajarlos resbalando!»

Inmediatamente después viene, en el orden social, la clase media, en la que hay algunos individuos que, guiados por la envidia, se esfuerzan en imitar a los opulentos, mientras hay otros que los desprecian y desdeñan sus costumbres. Pero

todos, tanto los que imitan como los que censuran, temen caer en la clase que hay por bajo de ellos: en la de «los trabajadores». Siempre están prevenidos contra la adversidad. Están siempre alerta contra lo que las más de las veces es sólo un fantasma, pero que puede condensarse a cada momento en un monstruo real que los devore.

Por bajo de todo están las capas inferiores de la sociedad, como despectivamente se las llama. Algunos de sus individuos quizá se deslumbren con el rápido acceso a la opulencia de otros compañeros de su misma clase; pero la casi totalidad está demasiado ocupada en pelear contra el hambre para dejarse alucinar por fuegos fatuos. Su aspiración es poder vivir como hombres civilizados.

El progreso aumenta la producción y a esos hombres, que en tan alto grado son productores, se les debe en justicia dar una participación equitativa en la ganancia. De aquí se deduce que es natural su aspiración a vivir mejor y lo es también que obtenga recursos para conseguirlo. Hay que tener en cuenta que lo que hubiera sido un sueño para el trabajador de hace un siglo, constituye una necesidad para el de nuestro tiempo; la lucha para satisfacer las necesidades de ahora es relativamente mucho mayor que la que antes exigía el género de vida de entonces. Los obreros de hoy se ven acosados por la miseria, y muchas veces caen en sus garras a causa de la creciente dificultad que tienen para conseguir el pie de vida impuesto por la civilización actual y que el aumento en la producción debiera poner, naturalmente, a su alcance.

Desde cualquier punto de vista resulta que, en realidad, no hay quien no tema a la pobreza. Este temor es causa de que se abandonen los antiguos fundamentos de la Moral. En los negocios corrientes hay engaños, se miente descaradamente y se cometen fraudes secretos o robos organizados. No sólo en nuestros tribunales y prisiones pululan los rateros y estafadores, sino que nuestras primeras figuras en la Industria, en el Comercio y en los Negocios recurren a toda espe-

cie de manejos clandestinos. En nuestra política hay muchos injertos, y aun los hombres de posiciones más altas convierten en lucro la confianza pública y privada. Los ciudadanos de esta República, por lo general antes tan generosos, rectos e independientes en todas sus acciones, se conducen ahora como hombres venales. Según la frase vulgar, están «enloquecidos por el dinero».

Pero ¿qué es lo que hay que hacer? Frecuentemente oímos que no hay remedio posible mientras la gente no vuelva a los antiguos preceptos de moral pública y privada. Esto significa algo o no significa nada. Únicamente dice que la gente volverá a ser honrada cuando haya llegado a serlo.

Lo esencial es consignar que esta República volverá al sentido moral cuando haya una desigualdad menor en la distribución de la enorme riqueza producida, cuando no sea posible que algunos amontonen fortunas colosales verdaderamente provocativas, y cuando la masa general de ciudadanos encuentre más fácil que ahora vivir con arreglo a lo que exige la civilización y el progreso. Entonces toda la población se aproximará a un género de vida común para todos: más elevado, mejor, más sano que las variedades en la vida actual, porque todos le disfrutarán. Todos los miembros de la sociedad serán socialmente iguales más aproximadamente. En todo caso, pocos o ninguno tendrán que doblegarse y humillarse, puesto que todos podrán, en realidad, ganarse la vida con independencia y desahogo. Donde no hay príncipes no hay vasallos.

Véase cómo no es cierto que no haya medio de corregir la inmoralidad pública. Lo que es necesario es enmendar la causa de la corrupción general. Ella estriba en la desigual distribución de la riqueza. Corrijáse la y la moral se corregirá por sí misma. Que todos puedan fácilmente ganarse la vida tal como el inmenso aumento en la producción les da derecho, y la moralidad prevalecerá en las relaciones humanas, sean éstas vulgares o de orden elevado.

Esto nos pone frente a frente con la cuestión primordial: